

## **Sentidos y significaciones del archivo del MEMCH** Sense and Meanig of MEMCH's Archive

**Eugenia Brito**

Universidad de Chile  
eugeniabrito@hotmail.com

Este artículo trata de los sentidos y significaciones del archivo del MEMCH, el movimiento que, liderado por Elena Caffarena, constituyó el mayor agenciamiento de mujeres en la historia de Chile. La lectura y el análisis de estos documentos los revela como una pieza importante de la escritura de la historia del país, pues significan los procesos y sentidos de la configuración de la mujer moderna del siglo XX.

**Palabras clave:** Archivo, historia, género, dolor.

This article deals with the sense and meaning of the MEMCH's archive, the movement leadered by Elena Caffarena. This movement constitutes the biggest agencement of women in Chilean history. The lecture and analysis of these documents shows them as an important key in the writing of Chilean history because of their significance in the constitution of the contemporary Chilean woman.

**Keywords:** Archive, history, gender, pain.

## Introducción

Este trabajo emana de la constatación de la opresión y servidumbre de la mujer, vivida hasta el siglo XXI, servidumbre que ha merecido el nombre de esclavitud, en los conceptos emanados por el filósofo inglés, John Stuart Mill durante el siglo XIX.

La opresión intensamente vivida por las mujeres en la cultura occidental y específicamente en las sociedades latinoamericanas, enmascarada bajo una gran cantidad de formas, se ha caracterizado por la posesión y el dominio de un sujeto que es enteramente hablado desde y a partir de otro, que se constituye en su dominador. Se trata de la articulación de un ser desde el interior de su psiquis a partir de viejos modelos imperantes y de estereotipos que la introducen en el discurso como el reverso del sistema, su lado más frágil y vulnerable. Podríamos decir que es el cuerpo ominoso del discurso, la "mala", la "histórica", la "loca" que circula de manera continua en los textos culturales desde la formación del discurso occidental.

Las brujas fueron estudiadas por Michelet en el siglo XVIII, y forman parte sustantiva de una de las tesis que abordara la psicoanalista y filósofa francesa Heléne Cixous en *La Jeune Née*, como la mujer sola, capaz de autosustentarse, que no se centra en la maternidad, que elige la producción en vez de la reproducción. Es el antecedente de la "histórica", la que no conoce ni entiende cuál es el objeto de su deseo y que hace de su cuerpo la escena de un teatro de pulsiones. Fue producida por el discurso freudiano sirviendo de base para reconocer el "inconsciente" del ser humano.

La loca va muy unida a la "histórica" y tiene que ver con una protesta síquica y social de la mujer, con una disconformidad respecto de los roles pasivos y domésticos con que el sistema burgués la limitara. Estos conceptos y nombres recorren la sintaxis del género mujer y, a su vez, nutren la literatura médica, y particularmente psicoanalítica tanto como la historia y la ficción. Así la conoció Sigmund Freud en el siglo XIX. La analítica de los síntomas de sus patologías sirvió para conocer el teatro del cuerpo, en el que pulsiones destructivas alternaban con enfermedades que servían de habla, de clara traducción al dolor psíquico con el que ellas, las histéricas (Lucy, Irma, Elizabeth), manifestaban sus carencias y sus subordinaciones.

Esta móvil sintaxis y su red de conceptos se correlaciona con la aserción de la filósofa Judith Butler acerca de la performatividad del sexo y de su identidad con el constructo de "género". La filósofa señala, además en su conocido libro *El género en disputa*, que el único género marcado es el femenino, ya que el masculino coincide con el universal. Todo lo que se habla de género entonces concierne a la mujer, la que no llega nunca a ser sujeto en la historia, ni a coincidir plenamente con un discurso que está instalado desde antes de su emergencia. Ello a pesar de que, particularmente desde el siglo XIX, ha habido de manera discontinua un mayor acceso de la mujer en el mundo público, y que la historia de talentosas mujeres puede apreciarse en obras como las de la arquitectura, historia, literatura, artes, matemáticas y ciencias, a pesar de las obstrucciones que generalmente encuentra en su trayectoria.

Aún en el siglo XX la mujer usa un disfraz, un maquillaje que contorsiona su rostro para no hacerlo temible ante el poder. No en vano la psicoanalista británica Joan Rivière tituló varios ensayos como "La feminidad como máscara".

En dicho texto, Rivière destaca el diálogo masculino-femenino que se articula en el inconsciente de la mujer y, anticipándose a Lacan, señala que la figura de la madre existe en la siquis de algunas mujeres homosexuales de manera más agresiva. El Edipo en ellas no se solucionaría de la manera esperada por los constructos psicoanalíticos<sup>1</sup>; la gran diferencia entre hombre y mujer –esto dicho en 1929– sería que mientras el masculino desea ser el falo y así ostentar la función fálica, la femenina desea tenerlo, de modo de sentirse segura, tranquila y poderosa. Destaco la móvil forma que adopta la sexualidad de la mujer para esta psicoanalista; los hombres muy ostentosos con la masculinidad serían muchas veces homosexuales; en tanto, las mujeres que se esfuerzan por parecer femeninas y ornamentales, tienen muchos aspectos masculinos y deseos homosexuales, según Rivière. Sin embargo, todo depende de la acción del dar y recibir del primer impulso oral de la mujer: si ha obtenido satisfacción del pecho de la madre, puede transitar a la heterosexualidad más libremente; si no, deseará tomar el cuerpo de la madre, comerlo, destruirlo, matarlo. A la inversa ocurre con la madre, si ella está segura en su mundo, dará alimentación a sus hijas con generosidad, si no, atacará a la hija, intentará destruirla, le negará la femineidad, la hará débil, le impedirá tener hijos, la matará.

Es así señala la autora que se generan las perversiones. Hombre y mujer son lugares móviles y porosos tanto para Rivière así como para Butler, para quien, yendo un poco más allá, son *performances*. Pienso que Rivière establece las bases de disolución del femenino, entendido en términos tradicionales, al limitarlo a la calidad de máscara y juego. Y que Butler profundiza sus hallazgos.

## Desarrollo

Los movimientos de mujeres han podido hacer poco para volver consistente la figura femenina y su capital simbólico en el mundo. A pesar de la multiplicidad de formas que ha tomado el feminismo en el mundo europeo y en Estados Unidos, en Chile no ha mantenido un ritmo sostenido y coherente. Desde la diversidad de formas que adquiriera en el siglo XIX, de acuerdo con las diferencias sociales y étnicas: el marianismo y el asistencialismo de las burguesas de clase alta y los impulsos de las obreras por tener mejores salarios y mejores condiciones de vida, la historia en Chile sigue moviéndose como en la Colonia, a pesar de que haya más profesionales y de que estas tengan participación en el mundo público, como se ha intentado señalar: buscamos la paridad. Sin embargo, la paridad no es un asunto de mayor o

---

<sup>1</sup> Es necesario notar que todo constructo teórico por muy "anticipado" que parezca revela su tiempo. Me parece legítimo considerar aquí que el mismo diálogo masculino/femenino tensiona a todo/a humano/a. Pero esa es una perspectiva contemporánea que ya cuestiona el "predominio" de lo normal como lo heterosexual y masculino.

menor número de mujeres que estudian y trabajan. La paridad es un asunto del acceso de la mujer al mundo simbólico y a la escritura del imaginario nacional. Se trata de un gesto radical y fundamental en el pensamiento y en el lenguaje: el ingreso de la mujer como escritura y diferencia dentro de todos los debates de poder y en todos los programas culturales que se gestionan en el mundo latinoamericano, y desde allí, a todo el mundo.

El presente trabajo acerca de las prácticas de correspondencia de las mujeres del MEMCH lideradas por la abogada Elena Caffarena y la figura más intelectual y progresista de Marta Vergara, es un trabajo que intenta rescatar cuáles son los contornos de esa otra del otro que es el sujeto masculino latinoamericano y cuáles son las múltiples formas y figuras que han adoptado sus hablas y sus silencios.

Pocos recuerdan quién y quiénes con dificultad buscaron en una lucha de múltiples aristas el voto femenino. Fue sin embargo Elena Caffarena, abogada y una de las pocas juristas existentes del país en las décadas del 20 y 30 del siglo XX, quien organizó y abrió una instalación sólida para el movimiento de mujeres, buscando el derecho a voto, la igualdad ante la ley, el control de la maternidad y, por otra parte, la igualdad de oportunidades, el derecho irrestricto a la educación y al desarrollo pleno de la mujer en todos los aspectos.

A décadas de este importante gesto, es interesante releer el texto de la Convocatoria del MEMCH, escrito por Elena Caffarena: "A las mujeres".

"Durante infinitos años, las mujeres han permanecido en el hogar cumpliendo allí con sus deberes, hasta que el desarrollo industrial las sacó de él para lanzarlas a la lucha por la vida. Pero esta alteración en las tareas femeninas, esta pérdida de la protección del hogar que debió acarrear al mismo tiempo la emancipación de la mujer, ha significado por el contrario, la consagración de un odioso estado, en el que esta se ve sobrecargada con la doble tarea del hogar y de la fábrica u oficina, sin ninguna legislación o ayuda especial que les permita ejercer sus deberes y derechos. Sin igualdad en la retribución del trabajo, ni posibilidad de hacer efectivas sus decisiones ante ninguno de los problemas que le atañen.

En una palabra, la mujer es hoy por hoy el ser más desvalido de la sociedad y como si esta situación no fuera aún lo suficientemente penosa, ahí están, acechándola, los espectros del fascismo y de la guerra, para privarla de todos sus derechos adquiridos, para obligarla a ser tan solo la preparadora de máquinas de muerte en la retaguardia de la guerra o el descanso del guerrero fatigado de la lucha.

Las mujeres conscientes del hecho que pertenecen al sexo que lleva a feliz término la vida, no debe ser sinónimo de ser abandonada y despreciada, sino por el

contrario, acreedora de una legislación que debe tender a protegerlas y dignificarlas, nos hemos reunido y hemos contraído el compromiso de luchar por la liberación integral, o sea, económica, biológica, jurídica y social (Mayo/28 de 1935)".

El significativo mujer se encuentra obliterado en la cultura chilena, en la que simplemente debe jugar un papel subalterno, haciendo un uso performático de su sexo que aparece bajo el imperio de un cuerpo/texto dominante, el masculino, que es el nombre del poder y que confunde sus contornos con el universal.

Cuando digo que aparece me refiero a que materialmente se inscribe en el cuerpo de otro desde donde parte de su ser es visible, en el después de la inscripción en la que se registra.

El archivo del MEMCH se configura como una huella síquica importante, huella que dejó sus signos en la historia de las mujeres chilenas. No obstante, esa historia, hablada desde voces autorizadas, señala que "la ciudadanía política de la mujer durante el período 1930-1973 fue una ciudadanía equivocada".

Se puede decir además que el archivo del MEMCH es un documento histórico cuya práctica de correspondencia produce un texto discursivo heterodiegético, en el que además de dar cuenta del transcurso del movimiento y sus avatares, también habla de las tensiones de más de nueve años de vida política y cultural. Es el cuerpo de una lucha por hacer consistente política y culturalmente la figura de la mujer y, por tanto, las cartas son el escenario de esa lucha que se transmite en los textos que produjeron las integrantes del movimiento. Tanto para sus periódicas reuniones como para intentar expandirse, desde el centro hasta las provincias y más allá de ellas, hacia otros países latinoamericanos.

La lectura de la correspondencia del MEMCH relata la organización férrea que le procuró su fundadora, quien siempre estuvo sustentando el movimiento bajo la figura de la Secretaria, intercambiando datos, compartiendo experiencias además de oír y facilitar la satisfacción de necesidades y deseos por parte de sus integrantes; llamando la atención por la intensidad de tensiones políticas, sociales y culturales, por las que atravesaron las memchistas para gestionar el movimiento más intenso de mujeres en la historia de este país.

El MEMCH sin embargo nació gracias a las ideas feministas y vanguardistas que Marta Vergara, feminista, quien estuvo en contacto con movimientos de mujeres tanto en Europa como en Estados Unidos (*Memorias de una mujer irreverente*), y de los aportes al movimiento de la sensibilidad y talento de Elena Caffarena, abogada, quien observara en su niñez y juventud el abuso hacia la mujer obrera, particularmente hacia la trabajadora textil.

Es importante señalar que durante el transcurso de la primera mitad del siglo XX hubo un sinnúmero de asociaciones femeninas y feministas, lo que

nos muestra que había fundadas expectativas en torno al desarrollo de una organización que tuviera capacidad de contener los deseos de libertad y emancipación que sentían miles de mujeres. Además y pese al conservadurismo de muchas de ellas, y de la deficiente valoración de muchos políticos de la época hacia la mujer, también estaba presente la necesidad profunda de renovación de las estructuras oligárquicas de poder, que la sometieran a una verdadera esclavitud.

El conocido historiador chileno Gabriel Salazar sostiene en su libro *Historia de Chile Contemporáneo (Hombres y Femenidad)* que el siglo XX en sus primeros 40 años fue centro de muchos movimientos sociales y políticos en todas las clases sociales. "Ya en el siglo XX, la mujer de clase media llega a la Universidad en profesiones tales como profesora, asistente social, enfermera. En 1925 se crea la Escuela de Servicio Social. De origen religioso fue el Club de Señoras, liderado por María Larraín y de cuño laico, el Círculo de Lectura, liderado por Amanda Labarca. El Consejo Nacional de Mujeres se creó en 1919; la Gran Federación Femenina de Chile, en 1920; el Partido Demócrata Femenino en 1924".

Finalmente surge el MEMCH en 1935, movimiento que duró dieciocho años y que atravesó por serias crisis, no solo la sombra del pensamiento falológico, sino también el terror que inspirara por casi un siglo el comunismo, visto como el reverso de la burguesía y del capitalismo.

La emancipación de la mujer despertó sospechas no solo en la derecha sino también en la izquierda, ya que el voto femenino se inclinaba con facilidad hacia los aspectos más conservadores de la cultura, aquellos que caían bajo la dominación del patriarcado y de sus leyes.

Es factible pensar que este conservadurismo atribuible a lo "femenino" no es sino una construcción cultural, un efecto del discurso y del poder dominante que recrea así su propio objeto dentro de los límites y umbrales teóricos que abarca su propio campo.

Construye así cuerpos sumisos, que no son sino efectos de hábiles tecnologías del poder; ejercido por el deseo, inoculado en la mente de las mujeres y que logra pasar por el cuerpo (Foucault). El deseo patriarcal impone su ley en el cuerpo de la mujer.

Como ejemplo están las propias cartas de las memchistas. En 1936 una memchista asombrada y desorientada le escribe a Elena Caffarena que la mayoría de las mujeres de Ovalle no quiere pensar diferente a su marido.

El modelo semiológico de las cartas incluye un tono formal mediante el cual se transmite información referente a la organización del MEMCH, lo que incluye la inscripción de las socias, la puesta en práctica de reuniones, las asambleas especiales, las actividades de circulación y extensión de los planteamientos del MEMCH, concernientes a la emancipación de las mujeres y a la obtención de derechos, libertad, igualdad y como parte de ellos los derechos reproductivos, la educación, la igualdad salarial.

Pero lo que atraviesa la sintaxis de estas cartas de las socias del MEMCH, lo que es su núcleo más pertinaz de sentido es la melancolía de género que domina tanto sus psiques como sus cuerpos. Es allí donde diseñan los órganos el tema de la enfermedad, que no se produce en un tono mayoritario, pero sí recurrente dentro del Archivo.

Es particularmente en 1935 y 1936 cuando se cursa esta melancolía y este dolor que proviene de la opresión vivida por la mujer y por su lugar minoritario, marginal dentro de la cultura burguesa, la que sostenía y sostiene los poderes públicos en este país.

¿Cómo podemos enfrentarnos a esta melancolía, que desde Freud hasta Judith Butler han considerado propia del género "femenino"? ¿Es acaso propia del constructo de lo femenino, su asimetría con lo masculino lo que ha provocado su opresión y que el trabajo de la mujer sea menoscabado en la valoración social, lo que la ha llevado a ser explotada por el capitalismo?

El "ser" del género es, "un efecto, el objeto de una investigación genealógica que delinea los factores políticos de su construcción al modo de la ontología. Afirmar que el género está construido no significa que sea ilusorio y artificial, entendiendo estos términos dentro de una relación binaria que opone lo real y lo auténtico. Como una genealogía de la ontología del género, esta explicación tiene como objeto entender la producción discursiva que hace aceptable esa relación binaria y demostrar que algunas configuraciones culturales del género ocupan el lugar de lo real y refuerzan e incrementan su hegemonía mediante esa feliz autonaturalización.

Según Lacan, la mujer es el falo, lo que significaría ser el significante del deseo del Otro y aparecer como ese significante. Es ser el objeto, el otro del deseo masculino, pero también representar ese deseo (115). El Orden simbólico elabora la inteligibilidad cultural por medio de las posiciones recíprocamente excluyentes de "tener" el falo (posición masculina) y "ser" el falo (posición femenina). Son las mujeres las que determinan lo que son los hombres.

Ser el falo es siempre insatisfactorio, pues las mujeres nunca pueden evidenciar completamente esa ley, es ser solo un reflejo, una garantía de la necesidad permanente del Falo. Para Lacan, ello implica una melancolía por parte de las mujeres. Lacan habla de la realidad del sujeto masculino así como de la irrealidad de la heterosexualidad. También habla de la mujer: "esto resulta de la intervención de un parecer que sustituye al tener (indudablemente se exige un reemplazo porque se afirma que las mujeres no "tienen"). Esta representación de las mujeres que no para hasta la cópula es para Lacan una "mascarada". Toda la ontología del género se puede definir como un juego de apariencias. Por otro lado, la mascarada indica que previo a ella, hay un sexo de mujer oculto y una demanda y un deseo que puede ser revelado y que es capaz de prometer un cambio futuro y el desplazamiento de la economía significante falológica.

Lacan difiere de Joan Rivière, en el libro *Womanliness as a Masquerade*, de su autoría: ¿Convierte la mascarada la agresión y el miedo en coquetería

y seducción? ¿Elabora la mascarada la feminidad como el reflejo del Falo para encubrir las opciones bisexuales que de otra manera alterarían la elaboración uniforme de una feminidad heterosexualizada? ¿Se utilizaría para esconder y refrenar una feminidad predeterminada, un deseo femenino que crearía una alteridad insubordinada respecto del sujeto masculino y descubriría el fracaso necesario de la masculinidad?

En la cita que Butler hace de Lacan, este admite que la mujer niega su ser para sumergirse en la mascarada, que, a pesar de encontrar en el cuerpo masculino el significante de su deseo, hay parcelas del ser de la mujer (que él llama "sus atributos") que permanecen y permanecerán negadas. Por cumplir esta función signifiante, el órgano masculino pasa a tomar la forma de un fetiche.

Tomaré estas aseveraciones como meditaciones acerca de la insatisfacción de las mujeres europeas; trasladando los conceptos lacanianos y freudianos al mundo de las mujeres chilenas de la primera mitad del siglo XX, sin derecho a voto y circunscritas en todo a las leyes masculinas, pensaré en el dolor, dolor de la carencia, de restar al ser y a la cultura, de no pertenecer nada más que a la vida doméstica.

Sin embargo, este "dolor" parece apaciguarse en la medida en que la mujer trabaja como parte del movimiento que busca integrarla en la comunidad; la queja, la terrible queja orgánica desaparece y el cuerpo o los cuerpos dejan de somatizar la carencia, el menosprecio, la frustración, la ira.

El MEMCH permitió en una lucha de casi veinte años que la mujer votara, a pesar de las constantes tensiones sociales y culturales que las memchistas vivieran. Elena Caffarena no fue invitada a la ceremonia de Promulgación del derecho a voto de la mujer, en el Teatro Municipal de Santiago, en 1949.

## **Conclusiones**

La gran conclusión que se deriva de todos los estudios y los análisis que atraviesan el cuerpo de este trabajo consiste en que el debilitamiento de la mujer y su dolor corporal se debe por un lado a un problema local, al escaso valor simbólico que la cultura local otorgara a las mujeres chilenas. Creo que este menoscabo atraviesa las capas sociales, pero en el caso de las mujeres de las capas bajas de la población se agrava con el componente clasista que caracteriza a la sociedad chilena. Y eso significa, que la mujer gana menos, que se hunde en la miseria y junto con ella, sus hijas e hijos. Y que a lo largo de más de dos siglos de historia, a esa mujer le correspondían los peores trabajos y las más duras situaciones sociales, como queda claramente consignado en las lecturas de la historia de Chile desde la Colonia hasta hoy.

Otro de los sentidos de las Cartas del MEMCH consiste en relatar la historia de la mujer chilena en los años 30 y 40; esta historia es en muchos sentidos paradigmática en cuanto a los logros y conquistas sociales por la fuerza, la persistencia de sus integrantes. Uno de los intereses que guía este trabajo

es difundir la arqueología de la lucha memchistas, su inserción sociocultural y su conquista simbólica: buscar en el imaginario epocal los signos de visibilidad y el lugar político de las mujeres.

Finalmente, no cabe sino agregar que las memchistas, lideradas por Elena Caffarena, inscribieron los nombres de las mujeres en la modernidad, construyendo para ellas una zona posible para su emancipación. Fueron las únicas en pensarlo para todas las mujeres más allá de las clasificaciones sociales, las divisiones económicas y las afinidades políticas. Nunca han sido superadas en el tiempo.

### **Obras citadas**

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos: Valencia. 1998.

Agamben, Giorgio. *Estado de Excepción Homo sacer II, 1*. Pre-textos: Valencia. 2000.

Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. México. Siglo XXI Editores. 1993.

Barthes, Roland. *La aventura semiológica*. Buenos Aires: Paidós. 2006.

Freud, Sigmund. *Obras Completas. Tomo VII, Lo Siniestro. Tomo VI, Duelo y Melancolía*. Biblioteca Nueva: Madrid. 1974.

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI Editores. 1985.

Foucault, Michel. *La Arqueología del Saber*. México: Siglo XXI Editores.

Hutchinson, Elizabeth Q. *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano. 1900-1930*. Stgo: Lom. 2000.

Salazar, Gabriel. *Historia contemporánea de Chile. Hombría y feminidad*. Santiago: Lom. 2002.

Spivak, Gayatri. In *Other Worlds*. Londres: Routledge. 1988.

Stuart Mill, John. *La Esclavitud Femenina (1869)*. Madrid: Artemisa. 2008.

